

LECTURAS PATRÍSTICAS OPTATIVAS

(Semana VI de Pascua)

SELECCIONADAS POR P. FARNÉS

- En el Calendario romano la semana VI de Pascua incluye la solemnidad de la Ascensión del Señor (jueves) y las dos primeras ferias del pequeño ciclo Ascensión-Pentecostés.
- Pero en España (y en muchos otros lugares), trasladada la solemnidad de la Ascensión al domingo VII de Pascua, todas las ferias de la semana VI de Pascua han pasado a ser de hecho días previos a la solemnidad de la Ascensión con su matiz propio.
- Al seleccionar las lecturas patrísticas de la VI semana de Pascua en su conjunto, tal como figuran en la Liturgia de las horas que sitúa aún la Ascensión en el jueves, no se pudo tener en cuenta este cambio de perspectiva los días que preceden a la Ascensión, sobre todo por lo que se refiere a las lecturas patrísticas del viernes y sábado de esta semana pascual VI.
- Por ello puede ser oportuno usar en los días de esta semana, en lugar de las lecturas que figuran en la Liturgia de las Horas, las que proponemos a continuación entresacadas de los sermones de San Agustín.
- Este cambio de lecturas usado algunos años puede además dar un cierto carácter de novedad y jurídicamente está previsto y autorizado por la IGLM (n. 250).

DOMINGO

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 261, 1-3, PL 38, 1202)

“Levantemos el corazón hacia el Señor”

La resurrección del Señor es nuestra esperanza: su ascensión, nuestra glorificación. Nos disponemos a celebrar la Ascensión. Si, pues, celebramos esta solemnidad como es debido, es decir, fiel, devota, santa y piadosamente, ascenderemos con él y con él tendremos nuestro corazón levantado. Ascender no es lo mismo que ensoberbecerse. Debemos tener levantado el corazón, pero hacia el Señor. Tener levantado el corazón, pero no hacia el Señor, se llama soberbia; tener el corazón levantado hacia el Señor, en cambio, se llama refugio; así, en efecto, decimos en el salmo al que ha ascendido: “Señor, tu has sido nuestro refugio”. El, en efecto, resucitó para darnos la esperanza de que resucitarían también los que mueren y para que la muerte no nos quitara nunca la esperanza, no fuera caso que llegáramos a pensar que toda nuestra vida se termina con la muerte. A nosotros nos preocupaba el alma, y él, al resucitar, nos dio seguridad incluso respecto al cuerpo.

¿Pero, quién fue el que ascendió? El mismo que antes había descendido. Descendió para sanarte, ascendió para elevarte. Si fueras tú quien te levantas volverías sin duda a caer; pero si es él quien te levanta, permanecerás en pie. Levantemos, pues, el corazón, pero hacia el Señor: en esto consiste el refugio; si levantáramos, en cambio, el corazón, pero no hacia el Señor, nos encontraríamos con la soberbia. Pero, ¿cómo podríamos ser soberbios si tenemos el corazón levantado hacia aquel que se hizo humilde por nosotros para que nosotros no continuásemos siendo soberbios?

Cristo es Dios, lo es siempre y nunca dejará de serlo porque su divinidad nunca tuvo comienzo. Si su gracia puede incluso hacer que no tenga fin aquello que tuvo comienzo, ¿cómo podría tener fin aquel que nunca tuvo comienzo? Nuestra inmortalidad, sí que tendrá

comienzo pero carecerá de fin. En efecto, nosotros aún no poseemos lo que, cuando comencemos a tener, ya nunca más perderemos.

Yo creo que Cristo es Dios, pero continúo preguntando: ¿De qué manera es Dios? “Buscad continuamente su rostro”. Que nadie desfallezca en esta búsqueda antes bien avance continuamente en ella. Avanza en la búsqueda si quien busca es la piedad y no la vanidad. ¿De qué modo busca la piedad y de qué modo busca la vanidad? La piedad busca creyendo, la vanidad disputando. En el caso de que quieras entrar en discusión conmigo y quieras preguntarme: ¿A quién adoras? ¿Cómo es el Dios que adoras? Yo te responderé: No provoques contiendas ni litigios exigiendo que te diga cómo es el Dios que adoro. No es un ídolo que permita indicarlo con el dedo y decir: “He aquí lo que adoro”. No es nada a lo que pueda extenderse el dedo, pero sí, en cambio, la mente. Piensa en Pablo, que no lo alcanzó y sin embargo, lo buscaba, lo perseguía, lo anhelaba, suspiraba por él y lo deseaba; pon los ojos en él y mira cómo dirige a Dios no el dedo sino el alma. “No pienso, dice, haberlo ya obtenido; más olvidando lo que queda atrás y lanzándome a lo que está delante, corro hacia la meta: la palma de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús”. Me lanzo, dice, ando, estoy en camino. Sígueme, pues, si puedes; lleguemos juntos a la patria donde ni tú me harás ya preguntas ni yo a ti. Busquemos, pues, ahora juntos creyendo para que después disfrutemos también juntos contemplando.

LUNES

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 261,3-5; PL 38,1202)

“Si deseas ver a Dios, haz lo que él te ordena”

Vuelve, por un momento, los ojos a tu corazón. Arroja de él lo que veas en él que desagrada a Dios. Dios quiere venir a ti. Escucha sino al mismo Cristo Señor que te lo dice: “Yo y el Padre vendremos a él y haremos morada en él”. He aquí lo que te promete Dios. Si te prometiera venir a tu casa, la limpiarías ciertamente; pues es Dios

quien quiere venir a tu corazón, ¿y tú eres perezoso para limpiarle esta casa? No le agrada habitar en compañía de la avaricia, que es una mujer inmunda e insaciable, a cuyas órdenes militabas tú y deseabas con todo ver a Dios. ¿Qué hiciste, en efecto, frente a lo que Dios te ordenó? ¿Qué no dejaste de hacer, en cambio, frente a lo que la avaricia te ordenaba? Dios te ordenó vestir al desnudo y tú te pusiste a temblar; la avaricia te mandó que despojases al vestido y tú lo hiciste, hasta perder en ello los estribos. Si hubieses hecho lo que Dios te mandó, no voy a decirte que tendrías esto o aquello; lo que tendrían es al mismo Dios. Pero tú hiciste lo que te ordenó la avaricia, y ¿qué tienes ahora? Sé que me dirás: "Tengo lo que sustraje". Tienes, pues, por haber quitado. Pero ¿tienes en verdad algo tú que te has perdido a ti mismo? Algo tengo, me respondes. Dime, te lo suplico, dónde lo tienes. Me dices: lo tengo, con toda certeza, en mi casa, en mi cartera, en mi arca. No continúes, no me digas más. Dondequiera que lo tengas, en este momento, por lo menos, no lo tienes contigo. Quizá piensas tenerlo en el arca y a lo mejor lo has perdido ya y aún no lo sabes; quizá cuando vuelvas a tu casa ya no encuentres lo que dejaste allí.

Pero lo que yo busco es tu corazón y te pregunto por lo que tienes en él. He aquí que llenaste tu arca e hiciste pedazos tu conciencia. Recuerda a Job, aquel hombre realmente rico y lleno, y aprende tú, también, a estar lleno: "El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor". Y él lo había perdido todo. ¿De dónde, pues, sacaba estas piedras preciosas de alabanza al Señor?

Purifica, pues, en cuanto te sea posible, tu corazón: que ésta sea tu tarea y tu trabajo. Rúégale al Señor, suplícale y humíllate para que él mismo limpie su morada. "En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios y la Palabra era Dios. La Palabra estaba en el principio junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo y sin ella no se hizo nada. Lo que fue hecho tenía vida en ella y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió". He aquí porque tú no comprendes: La luz brilla en la tiniebla y la tiniebla no la recibió. ¿Qué es la tiniebla sino las obras malas? ¿Qué es la tiniebla sino las malas apetencias, la soberbia, la avaricia, la ambición y la envidia? Todas estas cosas son tiniebla; por eso tú no comprendes.

Pon atención, por si puedes comprender de algún modo que: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros”. Por Cristo hombre tiendes a Cristo Dios. Dios es demasiado para ti, pero por eso se hizo hombre. Así quien distaba mucho de ti, al hacerse hombre, está junto a ti. En cuanto Dios es morada tuya; en cuanto hombre es tu camino. El mismo es, pues, el camino por donde vas y la meta hacia la cual tiendes. El, que es la Palabra, se hizo carne y habitó entre nosotros. Asumió lo que no era sin dejar de ser lo que era. Se manifestaba como hombre y se ocultaba como Dios.

MARTES

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 265 E; PLS 2,805)

“Elévate sobre el cielo, Dios mío y llene la tierra tu gloria”

¿A quién se dijo: “Has sido exaltado muy por encima de todos los dioses”? A Cristo. Y ¿qué se ha dicho respecto a la Iglesia? *“Y llena la tierra tu gloria”*.

“Elévate sobre el cielo, Dios mío”. Nosotros no hemos visto a Cristo. Lo vieron los apóstoles. Ellos sí que estuvieron presentes. Jesús, en efecto, los condujo, al monte de los olivos y, al preguntarle ellos sobre el fin del mundo, él les dijo: “No os toca a vosotros conocer los tiempos y las fechas que el Padre ha establecido con su autoridad. Cuando el Espíritu Santo descienda sobre vosotros recibiréis fuerza para ser mis testigos en Jerusalén, en Samaria, en Judea y en todos los confines del mundo. Dicho esto una nube se lo quitó de la vista”. Después de estas palabras no quiso añadir más. Quizás que estas palabras fueran las últimas para que así quedaran como grabadas en nuestro corazón; porque estas palabras se refieren a la Iglesia futura que debía extenderse por toda la tierra. Muchos, en efecto, deberían formar sus rebaños, muchos deberían ser los discípulos que, siguiendo a los apóstoles, se reunieran en ella, dando origen incluso a herejías y cismas en no pocos lugares.

La vid, según las palabras de Jesús, debía ocupar el mundo entero;

los sarmientos, en cambio, desgajados de la vid, quedarían en el mismo lugar donde cayeron al ser desgajados. La vida crece, se extiende por doquier y ocupa ahora todo el universo. Esto es lo que ha acontecido con la Iglesia.

La Iglesia esposa recibió el don que le había prometido su Esposo. *“Elévate sobre el cielo, Dios mío”* ¿De qué Dios se trata? ¿De quién si no de Cristo hemos dicho que ha sido elevado sobre todos los dioses y que su gloria llena la tierra? ¿Cuál es, oh Cristo, tu gloria? Tu gloria es tu esposa, la Iglesia. Por ello dice el apóstol: “El hombre no debe cubrir su cabeza siendo, como es, la imagen y la gloria de Dios; la mujer, en cambio, es la gloria del hombre”. La esposa es, pues, la gloria del marido. Pero, ¿quién es la esposa de Cristo, el rey grande? La Iglesia entera. Y ¿dónde está él? *“Elévate sobre el cielo, Dios mío”*; “Elevado por encima de todos los dioses”. Y ella, ¿dónde está? *“Llena la tierra su gloria”*.

¡Grandioso misterio! hemos sido invitados a la boda y resulta que nosotros mismos somos la boda. En las nupcias humanas una es la esposa, otros los invitados. Aquí, en cambio, nosotros somos, a la vez, los invitados y la esposa, pues somos la Iglesia y estamos invitados en la Iglesia. ¿Y a qué estamos invitados? Amadísimos: si ya ahora lo vemos, si ya ahora se ha realizado, si ya ahora se ha cumplido que *“llena la tierra su gloria”* ¿qué será cuando él venga? Custodiemos, pues, lo que ya hemos recibido.

MIÉRCOLES

De los sermones de san Agustín, obispo

(Sermón 263,2; PLS 2,951)

“Venció el león de la tribu de Judá”

La victoria de nuestro Señor Jesucristo llegó a su total plenitud con su resurrección y ascensión al cielo. Entonces se cumplió lo que escuchamos en la lectura del Apocalipsis: *“Venció el león de la tribu de Judá”*.

Cristo es llamado a la vez león y cordero. León por su fortaleza, cordero por su inocencia; león porque no fue vencido, cordero porque fue manso. Y este cordero degollado venció con su muerte al león que buscaba a quien devorar. Porque también al diablo se le llama león, pero se le llama así, no por su valor sino por su ferocidad. Dice a este respecto el apóstol Pedro que nos conviene estar alerta frente a las tentaciones porque "el enemigo, el diablo, como león rugiente, ronda buscando a quien devorar". Así indica el modo cómo ronda: lo hace "como león rugiente, buscando a quien devorar". Y, ¿quién no iría a parar a los dientes de este león si no hubiera vencido el león de la tribu de Judá? Tenemos, pues, un león frente a otro león, un cordero frente a un lobo.

Cuando murió Cristo el diablo saltó de gozo. Pero en esta misma muerte el diablo fue vencido, pues se comió el cebo que estaba como escondido en una ratonera. El diablo gozaba al contemplar la muerte de Cristo, como si él fuera el dueño de la muerte; pero lo que creía ser su gozo se le convirtió en su propia trampa. Porque la muerte del Señor fue una trampa para el diablo, el cebo que lo capturó.

He aquí que nuestro Señor Jesucristo resucitó. ¿Dónde quedó, pues, la muerte que había pendido del madero? ¿Dónde los insultos de los judíos? ¿Dónde la altivez y la soberbia de los que ante la cruz agitaban la cabeza y decían: "Si es el Hijo de Dios que baje de la cruz"? He aquí que el Señor hizo mucho más de lo que pedían los que le insultaban, pues es mucho más resucitar del sepulcro que bajar del madero.

Pero ahora, ¡qué gloria la suya! ¡Ha subido al cielo y está a la derecha del Padre! Pero esto nosotros no lo vemos, como tampoco lo vimos colgar del madero, ni fuimos testigos de su resurrección del sepulcro. Todo esto lo creemos y lo vemos, pero sólo con los ojos del corazón. Con todo, conviene recordar que hemos sido alabados precisamente por haber creído sin haber visto. A Cristo lo vieron ciertamente los judíos, pero de poco les sirvió haber visto a Cristo con los ojos de la carne; lo verdaderamente grande es creer en Cristo con los ojos del corazón. En efecto, si ahora mismo se nos presentase Cristo y se colocara ante nosotros callado, ¿cómo sabríamos quién era? Y así callado, ¿de qué nos aprovecharía su presencia? ¿No es mejor que ausente nos hable en su evangelio antes que presente permanezca callado? Además hay que decir que, si nos adherimos a él con el

corazón, no está ausente de nosotros. Cree en él y lo experimentarás. No estará presente a tus ojos, pero tu corazón lo poseerá. De lo contrario, si estuviera ausente de nosotros, sería mentira lo que hemos escuchado: "He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo.

JUEVES

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 265 C 1; SPL 2,589)

"Levantemos el corazón"

Nos disponemos a celebrar la Ascensión del Señor al cielo con aquella misma carne con la que resucitó. Esta solemnidad anual no reitera ciertamente el acontecimiento histórico, pero renueva su recuerdo. De momento, subimos en su compañía sólo con el corazón, pero estamos seguros de que lo seguiremos también un día con nuestro cuerpo. Por tanto, no se nos dice sin motivo: *"Levantemos el corazón"*; ni sin causa nos exhorta el apóstol al decir: "Ya que habéis resucitado con Cristo buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra". Elevaos, por tanto, de la tierra. Si no es posible que el cuerpo se eleve, sí lo es que el alma eche a volar.

Elevaos por encima de la tierra, ya que en la tierra tendréis que tolerar fatigas, mientras en el cielo gozaréis de descanso. Obrad aquí el bien, para que allí gocéis de vuestras obras que permanecerán eternamente. La tierra no es morada apta para el corazón, ni lugar apropiado para conservar su integridad. Si el corazón se adhiere a la tierra se corrompe.

Todo el mundo coloca en lugar elevado sus objetos más preciosos. Muchos -mejor dicho todos- cuando oyen hablar de algún peligro inminente de guerra, buscan dónde esconder sus tesoros, ¿no es verdad? ¿Acaso alguien se comporta de otro modo? Quien posee plata u oro, joyas, collares o vestidos preciosos, busca donde guardarlos para no perder lo que posee. Y juzga que lo más adecuado es colocar en lo alto lo más precioso, poner en el lugar más elevado lo mejor.

Y ¿qué tiene el hombre mejor que su corazón? Con el corazón, en efecto, se poseen los demás bienes. Cuando se te dice, por tanto, *“Levantemos el corazón”* piensa en Cristo sentado a la derecha del Padre, piensa en que ha de venir a juzgar a vivos y muertos. Que lo piense la fe, la fe que radica en la mente y tiene sus cimientos en el corazón. Mira quién murió por ti; contéplalo cuando asciende y adhiérete a su muerte. Tienes una prenda de la gran promesa que nos hizo Cristo; su ascensión es, en efecto, una promesa para ti. Por ello debemos tener la esperanza de que resucitaremos y subiremos al reino de Dios y de que allí estaremos para siempre con él.

En el reino de Dios viviremos eternamente victoriosos, nos alegraremos sin tristeza, permaneceremos sin molestia alguna. Allí no se te dirá más: “Guárdate del mal”, sino: “Goza del bien” ¡Gran cosa es realmente lo que se nos promete! ¿Acaso la tímida y débil mortalidad humana se hubiera atrevido a prometerse algo parecido? Pero quien ha prometido tales bienes es Dios. Y para que creas -dice él- que vas a subir hasta mí, antes yo he descendido a ti; para que creas que vivirás de mí, antes yo muero por ti.

VIERNES

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón 262 PL 38, 1208)

“Elévate sobre el cielo, Dios mío”

El Señor Jesús, unigénito del Padre y coeterno con el que lo engendró, Dios invisible, inmutable y omnipotente como él, se hizo hombre por nosotros, como sabéis, aceptáis y creéis, tomando la forma humana sin perder la divina, ocultamente poderoso y manifiestamente débil. Nació para que nosotros renaciéramos; murió para que nosotros no muriéramos eternamente. De inmediato, es decir al tercer día, resucitó y nos prometió la resurrección de nuestra carne al final de los tiempos. Se apareció a sus discípulos para que lo viesen con sus ojos y lo tocasen con sus manos, convenciéndoles de que se había hecho hombre en el tiempo sin perder lo que era desde la eternidad. Como habéis oído convivió con ellos cuarenta días, entrando y saliendo, comiendo y bebiendo, no porque lo necesitase sino porque estaba en